

¡Salud al genio! En aquella estancia, original y única, habitada por los príncipes del pensamiento, el espíritu se recoge como en un santuario, y la fantasía se exalta, como si recorriera el monte mismo, donde resonaron los ecos de las Musas. ¿No hay ya poetas vivos que vayan en el silencio de la noche á escuchar el sublime rumor de los poetas muertos del Capitolio? ¿No hay, por ventura, quien sepa traducir en el lenguaje del sentimiento y de la poesía las frases, que articulan aquellos labios, frios como el mármol, y las miradas, que lanzan aquellos ojos, inmóviles como la piedra? Tienen album los seres más oscuros de la sociedad presente, y no tiene album la gran academia clásica de los siglos, que en el museo Capitolino celebra su sesión permanente y silenciosa. La conversación de los bustos imperiales puede y debe ser un libro de historia del imperio: la conversación de los bustos de los poetas puede y debe ser objeto de una interesante multitud de pequeños poemas, capaz de abrir fecundos horizontes en el campo solitario y enfermizo de la literatura contemporánea.

Invirtiendo el orden topográfico, dejamos para la última la sala de los Emperadores, porque, sin duda, bajo el aspecto histórico merece más detenida consideración; es un cuadro completo de las familias imperiales de tres siglos: el atento estudio de aquellos ochenta bustos es un curso de historia romana en el más importante de sus períodos. Los rasgos de aquellas fisonomías son páginas abreviadas de Tácito y de Suetonio. Desde Julio César, dictador, que abre la serie, hasta Juliano el Apóstata, que la cierra, bien puede asegurarse que cada una de aquellas imágenes, á la vez que determina el progreso ó decadencia del arte de la escultura, señala y simboliza el principal carácter histórico de las épocas respectivas. Veamos.

AUGUSTO, de quien dice Suetonio *forma fuit eximia et per omnis ætatis gradus venustissima*, revela en su semblante tranquilo y sereno aquella profundidad de pensamiento y de cálculo, que le distingue y acompaña en todos los actos de su vida. El fundador del más vasto imperio, que los siglos conocieran, es el gran artista, que sólo en el instante postrero de su

existencia arrojará del semblante la máscara para preguntar: ¿He representado bien la comedia de la vida? Todos los bustos del primer Emperador romano ofrecen esa especie de máscara impenetrable: son verdaderos retratos al natural: la cara de Augusto debió ser, en efecto, de mármol.

MARCELLO, el sobrino malogrado de Augusto, en cuyo honor se erigió el famoso teatro de su nombre; el hijo de Octavia, que Tácito llamaba *breves et infaustos populi romani amores*, y que mereció ser cantado por Virgilio, murió á los diez y ocho años de edad: este busto representa el primero y más intenso dolor de Augusto; las amarguras no se hacen, pues, esperar, ni están muy léjos de la grandeza imperial.

Si es de AGRIPPA, como se cree, la imagen que sigue, del favorito y yerno de Augusto, pretor, censor, tribuno de la plebe y tres veces cónsul, infatigable promovedor de las obras públicas, cuyo nombre perpetúa el Panteon, bien se descubre en su semblante, que pertenecía á la raza de aquellos hombres, que saben obedecer á uno para mandar en todos, como dice Veleyo Patérculo, á aquellos espíritus altaneros con los inferiores, humildes y complacientes con el que manda. El tipo de Agrippa, pero sin su actividad y genio, para construir fuentes y lagos y estatuas, es vulgarísimo en las sociedades modernas.

TIBERIO, alto de cuerpo, de faz honesta y grandes ojos, corresponde á la descripción de Suetonio; desdeñoso y melancólico, parece que el campo de los pretorianos constituye su más viva preocupación: el segundo Emperador ve ya de léjos asomar el peligro; diríase que prevé las rebeliones, que en breve han de ensangrentar el campo y la ciudad.

DRUSO, hermano de Tiberio, el vencedor de los germanos, de semblante dulce y suave, murió en la flor de su juventud, desembarazando así del peso de celos mortales á su imperial hermano, que escribió, sin embargo, el nombre de Druso junto al suyo propio en el templo de la Concordia, como testimonio de ternura fraternal.

ANTONIA (menor), hija del triunviro Marco Antonio y de Octavia, hermana de Augusto, mujer de Druso, ofrece en su

busto los nobles rasgos de belleza y castidad, que Valerio Máximo encarecía, llamándola *fœmina laudibus virilem familie sue claritatem supergressa*. Fortuna es que tal elogio pueda escribirse de la primera dama romana, que figura en la interesante galería de los bustos imperiales. No se repetirá demasiado.

Su hijo GERMÁNICO, que al lado aparece, mereció por sus altos hechos ser comparado con Alejandro Magno; *Salva Roma, salva patria, salvus est Germanicus*, se decía al recibir noticias de sus victorias, cuyo número se contaba por el de las batallas. Su mujer *Agrippina*, hija de Agrippa y nieta de Augusto, interrumpe pronto, no puede ser antes, la serie de las mujeres modestas, que ocupan el trono ó la casa de los emperadores romanos. Altiva, orgullosa, *pervicax ira*, como dice Tácito, tiene algo de magnífica, y aún de heroica, en las líneas de su semblante, y se concibe bien que los soldados la aclamasen madre de los campos de batalla.

CALÍGULA tiene escrita en la cara la deformidad de su corazón: la frente ancha y torva, que dice Suetonio, el color pálido, las facciones descompuestas, los ojos cóncavos, expresión é imagen de la mente turbada, según Tácito, han hallado tan perfecta expresión en su busto de basalto, que no parece sino que el arte ha querido apurar las maravillas de la belleza, para transmitirnos la horrible verdad física y moral de aquel Emperador, que llamaba á Homero poeta sin talento, á Virgilio versificador mediocre, y á Tito Livio, muerto poco antes, historiador sin gracia.

El de pulcra canicie y cabeza trémula y triste es CLAUDIO, sobrino de Tiberio, aclamado emperador después de la trágica muerte de Calígula, tipo extravagante, que algunos creyeron estúpido, soberano irresoluto y débil, hombre material y tosco, marido imperturbable hasta el cinismo ó la imbecilidad.

MESALINA, su quinta mujer, cuya celebridad y desastrosa muerte en los jardines de Lúculo son bien conocidas, y AGRIPPINA, que la sucedió en el tálamo imperial, hija de la otra Agrippina, y madre digna de Neron, forman al lado de Claudio un grupo, que verdaderamente espanta y repugna.

NERON aparece en dos distintos bustos con sus dos más notables caracteres: joven en el primero, es el emperador popular, poeta vanidoso, actor y cochero, que se confunde con la plebe y ambiciona los aplausos de la multitud; el otro es el hombre dominado por la soberbia, el de los instintos feroces, *corpore maculoso et fœdo, suflavo capillo*, el de ojos hundidos, y pelo en ondas *comam in gradus*, el que lleva en los antros de su pensamiento el incendio de Roma y la muerte de su maestro y de su mujer y de su madre. Pasemos adelante, compadeciendo al loco feroz, y detengámonos á contemplar el más bello busto, artísticamente hablando, de la colección. Es de mármol de dos colores; blanco purísimo el de la cara, frigio con venas violáceas el de los paños, que tienen la labor exquisita del más preciado camafeo: representa á POPEA, mujer de Neron; la reina del lujo y del tocador; la que se bañaba diariamente en leche fresca de quinientas burras; la que deseaba morir antes que envejecer: su semblante es ciertamente hermoso; no así su corazón: la posteridad la ha considerado como una furia con la belleza de las gracias.

Después de un drama, que drama fué la vida y muerte de Popea, viene una tragedia: viene GALVA.

Este Emperador, proclamado por las legiones de España, inaugura un período de emperadores de azar y de conquista, á quienes levanta y abate el impulso de la fortuna. Irregular y todo, en los emperadores precedentes se advierte una sombra de dinastía; más ó menos lejana, la parentela de Augusto ó de Livia ha pasado por el trono imperial; noventa y ocho años ha durado la era Julia con sus cinco emperadores. Galva presenta ya un tipo nuevo; otra raza, otra sangre; no hay más que mirar su busto: cabeza calva, nariz aguileña, ojos claros, cara flaca y musculosa, frente arrugada; estas señas han dejado de su fisonomía los historiadores, éstas se pueden comprobar en su mayor parte en la efigie de mármol del Capitolio, en la cual ha querido algún anticuario, apasionado sin duda, y aún lisonjero de Galva, hallar alguna semejanza con la cabeza inteligente de Constantino, de Carlomagno y de Francisco I. Muerto miserablemente aquel soberano, de quien dice un au-

tor, que se le hubiera creído digno de mandar, si no hubiera mandado; y hecho pedazos su cadáver junto al lago de Curzio, subió al trono SALVIO OTHON, para dejarlo con la vida á los tres meses. Mísero suicida, llevaba en sus propias facciones, y nos repite el busto de mármol arenoso y tosco, los caracteres de una degradante afeminación y de un espíritu glacial y depravado. Othon era el marido cesante de aquella Popea, que Nerón tuvo á bien llevarse á su palacio.

Más raros quizá que los bustos de Othon son los de su sucesor VITELIO, sensual y gloton, como nos lo representa el del Capitolio. *Vitellius*, dice Tácito, *ventre et gula sibi ipsi hostis*: la gula y el vino hubieran puesto término á la existencia de aquel tirano, para quien era grato el olor de enemigo muerto, si ántes la soldadesca y la plebe, sacándolo del abyecto lugar en que se había escondido, no lo hubieran sacrificado á su furor, paseándolo con ignominia y cuerda al cuello á través del Foro por toda la via Sacra, y arrojando en el Tíber su cadáver.

Después de los revueltos y tristísimos reinados de Othon y Vitelio, parece que una ráfaga de buen sentido, ya que no de virtud, pasa por delante del trono imperial. Lo ocupa VESPASIANO. A buen emperador, buen busto: el arte es esta vez equitativo. El busto de Vespasiano corresponde al mérito del que, como general, había ganado en la Bretaña veinte ciudades y treinta batallas, y, como emperador, supo desviar las corrientes de la gobernación del camino por donde el insensato hijo de Agrippina, constructor de la casa de oro, y sus sucesores las habían dirigido. Su cara franca, jovial y benigna, anuncia un carácter de los que ahora diríamos *conciliadores*, fáciles á la transacción, dispuestos á estar bien con todos: se concibe que diera libertad al historiador hebreo Flavio Josefo, y que tratara con amistosa benevolencia á Plinio el mayor y á Quintiliano. El busto, que es de alabastro florido, y de muy hábil artista sin duda alguna, trae al punto á la memoria aquellos versos de Petrarca:

*Vespasian poi alle spalle quadre
Il reconobbi à guisa d'uom che penta.*

No es tan bueno el busto que sigue, aunque pertenezca á un emperador que fué llamado *Delicias del género humano*. TITO, el vencedor de Jerusalem, el que termina el Anfiteatro y construye las termas y reforma el palacio imperial, ostenta, como decia Tácito, *decor oris cum quadam majestate*: hay, en efecto, en su boca y en los rasgos de su cara cierta dulzura astuta, cierta bondad perfectamente estudiada, que no son aquella bondad y aquella dulzura que resplandecen en otras caras apacibles, verdaderos espejos de almas sanas. La sombra del único delito de que al morir se arrepentía, y que la historia no declara, parece vagar en su frente é imprimir en todo su semblante un sello especial de melancólica preocupación.

Después del busto de Tito vemos el de su hija Julia, principio ya de decadencia en el arte de la escultura como en el gusto del tocado. Su hermosura no puede compararse con la de Popea y Agrippina; tampoco la de los bustos; sin embargo, el mármol pario del de Julia es muy bello y el trabajo esmerado, áun reconocido el principio de decadencia en el estilo. La personalidad histórica de la hija de Tito sería insignificante, si no le diera cierto interés, el interés de la compasión, la trágica muerte de aquella infeliz mujer, que inspiró muy sentidos versos á Marcial. Casada en segundas nupcias con su tío Domiciano, pagó con la vida, sin el consuelo de ser madre, la ambición de ser augusta y llamarse Emperatriz.

DOMICIANO fué mucho más cruel de lo que declaran las líneas de su semblante; su *calida scævitia* llegó á hacerse proverbial, y sin embargo, su exterior era *pulcher ac decens*, si hemos de creer á los contemporáneos y al busto mismo que tenemos delante: solamente la calvicie, que entónces era deshonorosa, pudiera acusar sus vicios y deformidades; pues sabido es que Ovidio decia:

*Turpe pecus mutilum, turpe est sine gramine campus;
Et sine fronde frutex; et sine crine caput.*

A la luz de las despreocupaciones actuales, que no tienen la calvicie por deshonor ni por letrero del vicio, el busto de Domiciano, que es el de un monstruo, moralmente hablando, ofrece

aquel rostro verecundo, aquella nobleza de ojos y aquel aire de honestidad, que le atribuye un historiador latino. Hicimos poco ántes aplicacion del proverbio, que enseña que es la cara espejo del alma; ahora, con motivo del busto de Domiciano, lícito será acudir á aquel otro proverbio, hijo de la prudente observacion, que dice: las apariencias engañan.

Un hermoso busto que sigue al de Domiciano es el de DOMICIA, su primera mujer, hija de Corbulon: el busto merece más alabanza que las costumbres y el carácter de la persona que representa.

NERVA tiene el aire de honradez que sus biógrafos y algunos de sus actos le acreditaron: débil, flaco, de cara afilada, es un viejo respetable, que si en su año, ó poco más, de emperador no hubiera tenido más inspiracion feliz que la de adoptar á Trajano, por ella sólo mereciera bien de la humanidad y de la historia.

Llegamos á TRAJANO. Ante su efigie simpática parece que se respira con cierta expansion: es el primer punto, donde el espíritu, fatigado de una peregrinacion sombría, puede reposar un poco y dilatarse. Cuando la Providencia dispone que al trono de los emperadores romanos, que es el trono del mundo, suba un hombre digno de mandar á los demas, aunque no siempre exento de error ó de flaqueza, suscita un español. En la gloria de Trajano tenemos, pues, una participacion insigne cuantos con el nombre de españoles nos honramos. Si pudiera suprimirse de su historia la página del martirio de San Ignacio, su historia sería un poema: tantas fueron sus conquistas por tierra y por mar. Por serle todo propicio, no parece sino que el arte se detuvo en el camino de decadencia que llevaba, como si quisiera contribuir con sus antiguos primores á la mayor exaltacion de un período que habia de ser por muchos conceptos memorable. El precioso busto de mármol blanco, que contemplamos, reúne el doble mérito de un trabajo excelente y de una admirable fidelidad en el parecido: la prudencia, la sencillez, la franqueza y el valor, que todavía constituyen el fondo del carácter español, cuando no lo desfiguran y afean pasiones innobles, resaltan bizarramente en aquella cabeza gran-

de y en aquel rostro expresivo sin estudio, sereno sin altivez, que el viajero, y sobre todo el viajero español, no se cansa de mirar. El hijo ilustre de Itálica, el protector de Tácito y de Plinio el jóven, el soberano que recorre gran parte de su vasto imperio, dejando por do quiera testimonios de su grandeza, como el puente colosal sobre el Danubio, digno es de las alabanzas que la historia le tributa, y bien se concibe que llegára á ser objeto en la Edad Media de una piadosa creencia en favor de la salvacion milagrosa de su alma.

Las mujeres, que en tiempo de Trajano habitan la casa imperial y ejercen influencia en los destinos del orbe, pueden exhibirse sin rubor, porque en ellas, si compite la gallardía del cuerpo con las dotes del espíritu, es para ser aquélla vencida y sobrepujada por éstas.

PLOTINA, mujer de Trajano, merece de Plinio la exagerada calificacion de *sanctissima femina*.

MARCIANA, su hermana, fué verdadero tipo de la matrona, en quien brillaban, á decir del mismo Plinio, la franqueza, la verdad y el candor de Trajano.

MATIDIA, hija de Marciana, es una hermosa jóven, por extremo parecida á su tío el emperador. Su busto, en riquísimo mármol blanco, ofrece ya un nuevo estilo en el adorno de la cabeza; una abundante trenza de dos vueltas forma como la corona de aquella frente casta y despejada. En adelante el mal gusto se deja ya sentir; comienzan los peinados (algunos postizos), que Juvenal compara con casas de muchos pisos.

La fisonomía de ADRIANO, también español, y de la misma familia de Trajano (nieto de Matidia, é hijo de Paolina, dama ilustre gaditana), es ya una fisonomía diversa, como diversos eran los pensamientos y distintas también las condiciones. Al aspecto veraz, pausado y grave de Trajano, sucede el aspecto vagoroso, evaporado, superficial de Adriano: la forma, inusitada hasta entónces, en que deja crecer su barba, le da el aire de un hombre de nuestros dias, de un *touriste* incansable, que así levanta en Egipto la tumba arruinada de Pompeyo, como construye en la Bretaña una muralla de treinta leguas, y en las Galias el teatro de Nimes, y edifica el Anfiteatro de Capua y

concluye en Atenas el templo de Júpiter Olímpico; ora, en fin, se propone ver la alborada sobre la cuna del Etna, ora pasear por la corriente del Nilo. Trece años de continua marcha por todos los climas y latitudes, á pié casi siempre y estudiando, habian de acabar con una salud de suyo endeble. De los muchos mármoles, que han transmitido su figura, dos bustos del Capitolio son dignos de exámen y alabanza: ellos revelan bien al Emperador erudito, pintor, escultor y arquitecto, con las ambiciones y los odios de artista, que no admite rival: la muerte de Apolodoro, de Damasco fué una venganza de arquitecto ofendido, á cuyo servicio se puso todo el poder de emperador ofuscado. Volvamos, pues, á los bustos; en el uno la cabeza es de mármol blanco y el resto de mármol oriental trasparente; en el otro la cabeza es de alabastro oriental, y el resto de alabastro rayado, piedra rarísima, que para el efecto de los paños no tiene superior ni admite precio. Positivamente, en los dias de Adriano el arte de la escultura y la riqueza de los materiales en ella empleados llegaron á un punto, que sorprende. La villa de Tiboli, llamada villa Adriana, cuyas magnificas ruinas todavía se ven, residencia preferida de este Emperador, en la que habia dos teatros, termas, liceo, academia, templos y biblioteca, era un museo de primer orden, á que pertenecieron gran número de las joyas esculturales, que hoy guardan los museos de Roma y de otras ciudades de Europa; los faunos rojos, de que hemos hecho mérito, los centuaros, muchas estatuas colosales, mosaicos, como el de la taza con las palomas, objetos, en fin, del más alto interes, obras griegas y romanas, imitaciones admirables del arte egipcio, se ostentaban, como en el mayor tesoro de Roma, en la villa de Adriano. Sobre todo, el arte griego y el arte egipcio tuvieron en su tiempo una especie de resurreccion repentina, de llamarada, cuyo resplandor ha llegado hasta nosotros. El museo egipcio del Vaticano guarda buena parte de aquella riqueza.

No es inferior á los bustos descritos de Adriano el de JULIA SABINA, su mujer, cuya muerte envuelven los historiadores en un misterio, que favorece poco á la memoria de aquella Emperatriz. En el busto, que es de alabastro oriental y mármol blan-

co purísimo, se representa una matrona de agraciado y noble continente, de visible elegancia en el adorno de la cabeza respecto de Matidia y de Marciana.

ELIO CÉSAR ó LUCIO AURELIO VERO fué un hijo adoptivo de Adriano, que murió en la juventud; su busto justifica las alabanzas que de su figura hicieron los historiadores: *comptus, decorus pulchritudinis regiae, oris venerandi*, escribió Spurziano.

La ráfaga saludable deja sentir aún su influjo por delante del trono imperial. Un soberano que, en concepto de algunos, puede compararse con Numa en lo físico y en lo moral, empuña el cetro de los Césares, se llama ANTONINO PÍO. Aurelio Víctor lo describe como el resumen de todas las grandes prendas: otro historiador dice que fué varon notable por la figura, claro de ingenio, suave de costumbres, clemente, noble, de rostro plácido y de singular ingenio; todas estas cualidades se bosquejan en el busto del Capitolio, no por cierto maravilla de arte, pero sí monumento muy estimable por lo cierta y clara que es la exactitud de la efigie.

FAUSTINA la mayor, mujer de Antonino Pío, fué más notable por su hermosura que por sus virtudes. Amóla con tanto extremo su bondadoso marido, que despues de muerta la deificó, declarándola *sideribus recepta*, como se lee en algunas medallas, y haciendo esculpir su imágen con los atributos de Diana Lucífera, de Cibeles ó de Ceres: todavía está escrito su nombre *Diva Faustinae*, juntamente con el de Antonino Pío, en la antigua via *Sacra*, en el fronton de un templo erigido por el Senado en honor de aquella Emperatriz: hoy es San Lorenzo *in Miranda*.

MARCO AURELIO, grave desde la primera infancia, más desgraciado aún en la vida doméstica como marido, que su suegro Antonino Pío, es otro de los emperadores en que debe fijarse la mirada con respeto. Las noticias, que acerca de él nos dan los historiadores, el espíritu de sus cartas á su maestro de elocuencia Fronton, y los rasgos fisionómicos de su busto, se acuerdan y conforman por completo; aquella tranquilidad, que no logran alterar ni los impulsos de la alegría ni el influjo de la tristeza, se ve en el mármol que tenemos delante.